



MATE DE LA COZ

Maryame Galera El Baraka

WALTER TEVIS, *Gambito de dama*. Editorial Debolsillo (Penguin Random House Grupo Editorial), Barcelona, 2022. Traducción de Rafael Marín Trechera. ISBN 978-84-663-5848-4.

En 1969, durante un concierto en el Festival de Woodstock, Janis Joplin afirmó: «en el escenario le hago el amor a 25.000 personas diferentes. Luego me voy sola a casa». Algo parecido debió de sentir Elisabeth Harmon cada vez que jugaba al ajedrez ante la atenta mirada y el escrutinio de quienes le rodeaban.

Walter Tevis nos presenta a una niña de ocho años que acaba de quedarse huérfana tras la muerte de su madre en un accidente de tráfico. La figura del padre no está clara en la novela, aunque se deduce que tras la separación éste desaparece de sus vidas. Ante tal situación, Beth es internada en el Hogar Methuen, un orfanato. Es allí donde descubrirá el ajedrez que, junto a otras sustancias, se convertirá en su obsesión y ella en adicta.

No resulta extraño el hecho de que la novela *Gambito de dama* se haya intentado llevar a la gran pantalla en varias ocasiones sin éxito. Sin embargo, en octubre de 2020 se estrenó una adaptación en formato de miniserie protagonizada por la joven actriz Anya Taylor-Joy, que ha tenido un éxito contundente, recibiendo innumerables premios y una crítica favorable. Y es que la historia tiene todo lo necesario para atrapar al lector: drama, sexo, drogas, ajedrez y una



protagonista con una personalidad muy peculiar. Beth Harmon comienza una nueva vida en el orfanato marcada por la soledad y la extrañeza, no es capaz de verbalizar la muerte de su madre ni nada que tenga que ver con sus emociones, y casi se podría decir que ni siente ni padece. Pero nada más alejado de la verdad: Tevis nos describe a una chica paralizada, que se siente tremendamente sola y extraña, que no se conoce, no sabe nada sobre sí misma ni comprende a los demás, las relaciones sociales quedan al margen de su entendimiento y lo único con lo que conecta es con un tablero de escaques blancos y verdes, propiedad de un bedel sombrío y de pocas palabras.

Podría hablar de muchos temas que aparecen en la novela y de otros que se pueden interpretar, pero voy a ceñirme a lo que ha llamado mi atención y a saltar a un charco peligroso. El autor ha creado un monstruo: la historia está ambientada en los años 50 y 60 del siglo XX, la protagonista es una niña feúcha, blanquita y desnutrida que conforme cumple años se tiene que buscar la vida de la mejor manera que puede, ya que no cuenta con ninguna figura adulta que la vaya guiando, sobre todo en los momentos más importantes o significativos de su desarrollo. Vive en un orfanato en el que drogan a las criaturas para calmar su carácter y, casualidad o no, le gusta la sensación que le producen los calmantes, se vuelve adicta a ellos y sabe cómo y cuándo tomarlos, según sus intereses. La única amiga que hace es, Jolene, una chica negra, cuatro años mayor que ella, lista como el hambre y que sabe moverse muy bien entre los adultos; es, quizás, la única persona referente que Harmon tendrá en toda la novela. Jolene protagoniza el primer encuentro sexual de Beth con apenas ocho años, el cuerpo tenso invadido por el terror que le producía el roce de la mano de su amiga entre sus muslos,



cuyos susurros eran más amenazadores que placenteros. Consigue deshacerse de los dedos sádicos al grito de «no. No, no quiero». Dadas las actuales circunstancias legales y sociales de todo lo que rodea al consentimiento en las relaciones sexuales, se podría decir que Jolene lo hizo muy mal y Beth hizo lo que debía hacer, negarse verbalmente y no dejar nada a la interpretación, matando así la esencial tensión que se asociaba, hasta ahora, al sexo entre dos o más personas.

Será por cosas como esa que las malas lenguas dicen que esta novela es feminista, o por el hecho de que la protagonista tire a la basura una muñeca que le regala un señor muy amable al que invita el señor Shaibel para que juegue con ella al ajedrez y comprobar por sí mismo que es una chica prodigio, o porque no se parece a las demás chicas del instituto al que va una vez es adoptada a la edad de doce años, que sólo piensan en ropa y zapatos, o porque el ajedrez es cosa de chicos y ella es una chica, algo que insisten en recordarle. Sea como fuere, está clara que una de las intenciones de Walter Tevis es arrojarnos a una protagonista fuera de lo normal, para su época y para la nuestra, un monstruo: una mosca de largas patas¹. No obstante, aunque la monserga del género atraviese la novela, es una cuestión que hay que aclarar. Por supuesto que a Beth le recuerdan que es una chica, el binomio hombre/mujer domina la historia de Occidente, pero ¿qué pasa con ella? Pues resulta que le molesta. Y es aquí donde esas lenguas que mencionaba antes silabeaban «Beth Harmon es fe-mi-nis-ta», porque

¹ En el epígrafe podemos encontrar parte de un poema de William Butler Yeats, titulado *The long-Legged Fly*. La elección de éste no es casual, ya que parece avisarnos de lo que tiene que ocurrir: la mente de un genio debe estar en calma, abrazar la ataraxia, para luchar contra el exterior.



piensan que si le molesta que le digan que es una chica es porque interpreta que esas voces la menosprecian por serlo. Mas lo que pocos comprenderán es que a la protagonista lo que le molesta o, mejor dicho, le incomoda es que se haga referencia al género, sin más, puesto que para ella es indiferente ser hombre o mujer para jugar al ajedrez o para cualquier otra cosa. Es evidente que ni entiende ni le importa la trascendencia social que tiene el hecho de que en su época una chica o, en definitiva, una mujer, pise terreno masculino y, para mayor inri, sea la mejor: *à bon chat, bon rat*.

Lo único que le interesa a Beth Harmon es el ajedrez. Todas las personas a las que ha amado o apreciado acaban muriendo o abandonándola; no ha tenido un padre ni nada que se le pareciese, por lo que el ajedrez, a la manera lacaniana, se convierte en el significante que sustituye el deseo de la madre, muerta en este caso, y organiza el campo del significado. Un baile de piezas que permite que el sujeto, Beth en este caso, articule su identidad en relación con el Otro y dé sentido a su experiencia. Y siendo así que, sin un padre, la dama se convierte en el centro del tablero, se entiende, quizás, que en la primera partida que juega contra el bedel termine siendo derrotada con el mate del pastor, que éste le recomiende aprender la defensa siciliana para después iniciar partida con el gambito de dama, y que la victoria ante Borgov se la proporcione un intercambio de reinas dando paso a un final de torre y peón. Su adicción original no es a los calmantes ni al alcohol ya de adolescente, tampoco lo es al ajedrez. Harmon es adicta al placer que le proporciona ganar, no conoce mayor satisfacción que ésa siendo sujeto y objeto a la par. ¿Quién necesita el amor de los demás si puede tener su admiración y sublimación? Beth lo ha logrado: está por encima del bien y del mal, ha logrado liberarse del yugo del



amor y las normas sociales, del temor a la soledad y a ser nadie. El genio abraza la locura, en definitiva: no se puede añorar lo que nunca se ha tenido, pero sí desear lo que se ha gozado.

Gambito de dama es una novela de ficción no ficcional en la que las que no encuentran su lugar en este mundo se pueden asomar y verse reflejadas. Y como diría Baudelaire, «que procedas del cielo o del infierno, qué importa»².

² «Que procedas del cielo o del invierno, qué importa/ ¡Oh, Belleza! imonstruo enorme, horroroso, ingenuo!/ Si tu mirada, tu sonrisa, tu pie me abren la puerta/ De un infinito que amo y jamás he conocido». En *Himno a la belleza*, de *Las flores del mal*, Charles Baudelaire.